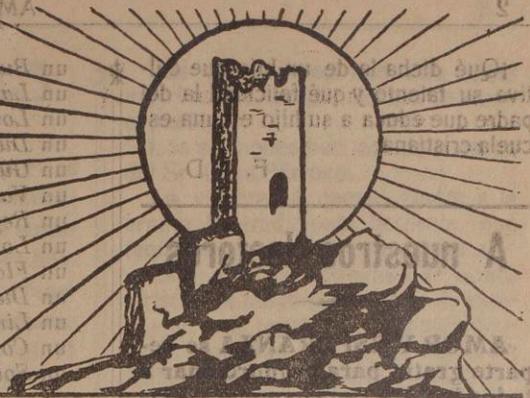


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año II

Alhama de Murcia, Domingo 20 de Septiembre de 1925

Núm. 40

EDUCACIÓN CRISTIANA (CUENTO)

Era el tío Blas, hombre de no poca virtud y sobrado talento; vivía el hombre en su pobreza sin más haberes que su pobre esposa paralítica ya seis años y su hijo Angel de siete, en quien ambos tenían puestas sus miras; por quien trabajaba el padre y rezaba la madre a la vez que ofrecía también a Dios parte de sus sufrimientos por el hijo queridísimo que pronto había de quedar sin madre.

A la hora de partir de este mundo Ana María, llamó a su Angel, lo besó por última vez con lágrimas en sus ojos y le dijo a su esposo estas palabras: «Mira Blas, te dejo un Angel que al contraer matrimonio nos concedió Dios Nuestro Señor; edúcalo en los principios religiosos y le harás feliz a él y constituirá también el objeto de tu felicidad».

El cumplimiento de este precepto que le impuso su buena esposa constituyó en adelante el objeto de todas sus aspiraciones; no tardó mucho el tío Blas en poner a su hijo en una escuela cristiana donde Angel aprendió en su tierna edad la piedad y el temor de Dios, principio y base de la gran sabiduría con que Dios después le dotara.

Sólo contaba Angel nueve años, cuando era la admiración de todos los que le conocían en el colegio por su piedad, modestia, sencillez y aplicación.

Su mucha inteligencia y curiosidad en preguntar el porqué de las cosas, llamó tan extraordinariamente la atención de su buen maestro el Cura del lugar, que compadecido éste, y persuadido de lo mucho que Angel prometía, le dió todos los conocimientos y habilidades que le habían de abrir paso por los caminos de la vida

y que habían de ser como una chispa de aquella lumbrera que después había de lucir en la sociedad.

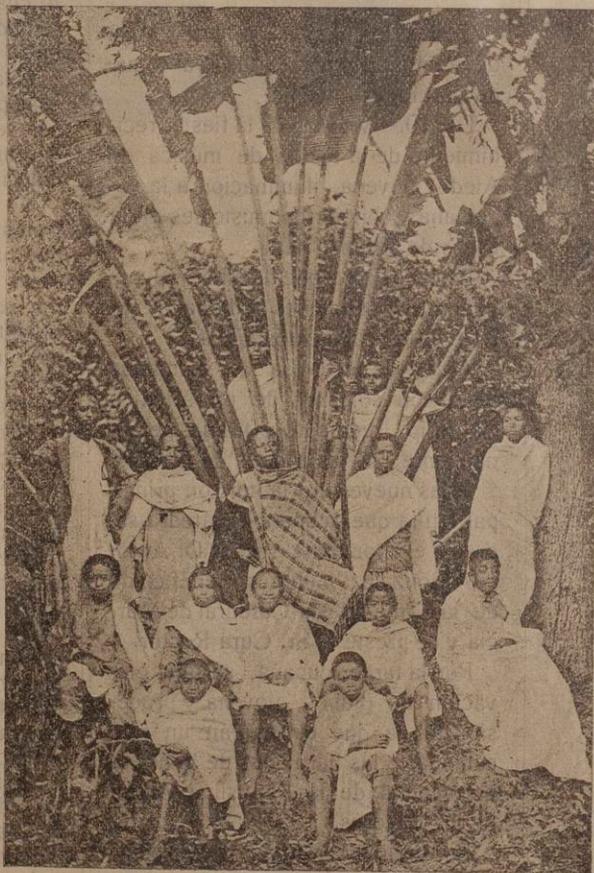
Estudió Angel los primeros años del Bachillerato con su Cura; su aplicación fué tal, que en los tres años que

cursó con él, obtuvo la calificación de sobresaliente con matrícula de honor; esto junto con su buena educación, cortesía, modestia y buenos modales aumentaba su felicidad y completaba la de su padre haciéndole más llano, dulce y alegre el espinoso camino de su vida.

El examen del tercer curso había satisfecho de tal manera al tribunal, que le valió la concesión de una plaza gratuita en el Instituto, donde terminó el Bachillerato con la misma brillantez con que lo había comenzado.

Mientras tanto, el tío Blas trabajaba constantemente impulsado por el deseo insaciable de hacer feliz a su hijo y ya disponía de algunas pesetas con que pudiera elegir carrera; no vació tampoco Angel en su elección; emprendió enseguida la de abogado; sobresalió entre todos sus condiscípulos y contemporáneos; se doctoró en Derecho y ganó por oposiciones la cátedra de Religión y Moral entonces vacante en la Universidad de X.

Precisamente aquella Universidad, dominada por el ateísmo, no creía en la existencia de Dios, ni del alma, ni del cielo, ni del infierno; era Angel entonces, quien con la dulzura y pureza de sus costumbres; con la sencillez penetrante de sus instrucciones; con la elevación de sus máximas y profunda sabiduría en sus discursos, había logrado sacar de sus errores a tantos profesores, tantos alumnos y a tantas multitudes.



INDIOS A LA SOMBRA DE UN PLÁTANO, ESPERANDO AL MISIONERO QUE LES ANUNCIE LA BUENA NUEVA

